

Ciudad

1990

Los pasos, las letras y la música

Octavio Escobar Giraldo*
Profesor Universidad de Caldas

Caminar hace que mi mente funcione mejor. Nuevamente me pedían que hablara de la relación entre música, literatura y ciudad, confiando en que la escritura de *De música ligera* y la abierta declaración de que mi filósofo de cabecera es Charly García, me capacitan para ello.

En siete cuerdas afronté, además del sonido ambiente de carros y gentes, altavoces y radionoticieros, una muy variada muestra musical: Gloria Estefan glorificando la tierra donde ya no vive, Enrique Iglesias imitando los lamentables requiebros de su padre, Celine Dion impulsando más allá de las pantallas al célebre barco hundido en el Atlántico Norte, Silvio Rodríguez insistiendo en que ojalá pase

algo que lo borre de pronto y Phil Collins interpretando los colores verdaderos de una canción que yo me acostumbré a escuchar en la voz chillona de Cindy Lauper. Cuando pasaba frente a un sitio en el que los adolescentes parquean sus vehículos, les abren las puertas y bombardean a los transeúntes con sus gustos, me interesé, por razones que no vienen al caso, en una muchacha de casi veinte años, uno sesenta y siete de estatura, largo y sedoso cabello negro, ojos infinitos, camiseta ombliguera muy ajustada, bluyín sin pretina que le quedaba perfecto —yo no sé si ustedes han notado que a muy pocas mujeres les quedan perfectos los pantalones sin pretina— y una disposición innata para el baile, para moverse —yo no sé si ustedes



han notado que algunas mujeres tienen una disposición innata para moverse—; bailaba a Shakira.

Una cosa que siempre hago, y que parece que no hacen muchas personas, es escuchar la letra de las canciones, esforzarme por entender qué es lo que el compositor quiso decir. Es un vicio que con frecuencia juzgo tonto: lo importante es la música, no las palabras que le cuelgan, pero soy incapaz de superarlo. Además, estoy convencido de que algunos “letristas”, como peyorativamente se les denomina, son poetas mejores que la gran mayoría de los que publican libros, y que a veces la música popular resuelve de un plumazo temas que han ocupado volúmenes en verdad voluminosos de los más insignes filósofos. Esos mensajes de tres minutos y medio les llegan a muchas, muchísimas personas que los incorporan a su bagaje cultural y los repiten, sin darse cuenta, cuando dialogan. El ejemplo obvio son los enamorados: trozos de Leonardo Favio, José Luis Perales, Camilo Sesto, boleros clásicos y hasta letras del rock en español van y vienen en sus conversaciones, sobre todo en las telefónicas. Quienes abandonamos la juventud, para señalar otro caso, repetimos con Pablo Milánés: “El tiempo pasa, nos vamos poniendo viejos”.

Puede que no lo hagamos tal cual, palabra por palabra, pero igual lo decimos

con la esperanza de que nuestro contertulio replique: “Pero si eres muy joven, por favor, apenas estás comenzando la vida”, lo que debe ser parte de una canción que desconozco —ahora recuerdo que pertenece a una de Cat Stevens— porque el hoy es así: yo cito, tú citas, él cita, nosotros citamos, vosotros citáis y ellos también citan, por supuesto. Es, por lo que he visto, lo que llaman postmodernidad.

Pero volvamos a Shakira, quien concluía con la descripción de los deberes que impone nuestra sociedad: “Saludar al vecino / acostarse a una hora / trabajar cada día para vivir en la vida / y contestar sólo aquello / y sentir sólo esto / y

que Dios nos ampare de malos pensamientos. / Cumplir con las tareas / asistir al colegio / qué diría la familia si eres un fracasado / y ponte siempre zapatos / traga el ruido en la mesa / usa medias veladas y corbata en las fiestas. / Las mujeres se casan siempre antes de treinta / si no vestirán santos aunque así no lo quieran / y en la fiesta de quince / es mejor no olvidar: / una fina champaña / y bailar bien el vals / y bailar bien el vals”.

La canción se llama *Pies descalzos, sueños blancos*, y no crean ni por un momento que la repito de memoria. La verdad es que hice el ejercicio calviniano —por Italo Calvino, no por

- Esos mensajes de tres minutos y medio les llegan a muchas, muchísimas personas que los incorporan a su bagaje cultural y los repiten, sin darse cuenta, cuando dialogan.

Calvin, el compañero de Hobbes— de buscar el disco en un almacén en el que tuve que superar los discos que no he oído, los que puedo prescindir de oír, los que ya he oído porque pertenecen a la categoría de los discos que se han oído aun antes de haber sido compuestos, los que tengo intenciones de oír pero después de que oiga otros y los que compraré cuando bajen de precio. También deseché los que quiero tener a mano por si acaso y los que me inspiran una curiosidad injustificada. Incluso evité los destinados a propiciar veladas románticas; un amigo les dice “Los convencedores”. Compré el de Shakira y repasé *Pies descalzos, sueños blancos*.

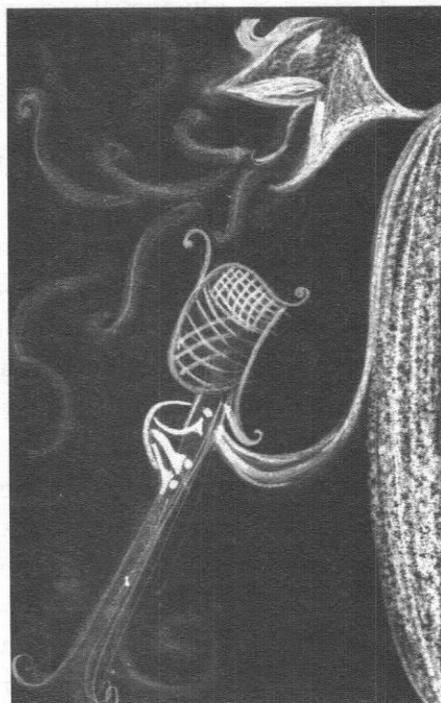
Allí está la voz de una generación, de la que entiende por futuro el tercer milenio de nuestra era, y, como queda claro en el trozo que trascríbo, abomina de todas las convenciones del mundo anterior. En esto no hay ninguna novedad, es el movimiento habitual, el rechazo lógico a los corsés que proceden de un tiempo que no es el mío. Shakira increpa lo cuadrículado, lo preestablecido:

“Construiste un mundo exacto de acabados tan perfectos / cada cosa calculada en su espacio y en su tiempo / yo que soy un caos completo / las entradas, las salidas / los nombres y las medidas / no me caben en los sesos”. La canción no se refiere a los padres y los abuelos, se refiere a toda la humanidad, rechaza un proyecto de siglos y siglos, controvierte un camino que nosotros acostumbramos a denominar historia; el pasado apesta y el supuesto fracaso apunta a una palabra que, para ser justos, aparece poco en los textos históricos: felicidad. Shakira dice: “Y ahora estás aquí / queriendo ser feliz / cuando te importó un pepino tu destino”. Por lo que ella entiende —y los Grammy, los discos de oro y de platino tal vez signifiquen que nuestros hijos, sobrinos y alumnos también piensan así—, lo que llamamos civilización fracasa cuando intenta proporcionar a los seres humanos, a cada ser humano en particular, un pedacito de felicidad.

¿Es un análisis injusto, arbitrario, parcializado? Claro que sí, pero cuando me enfrento a los estudiantes universitarios tengo la impresión de que algo por el estilo pasa por sus cabezas y que por eso no sintonizamos del todo, los malinterpretamos y acusamos de trivialidad y desinterés. Sea lo que sea —la sociedad de consumo, la polución audiovisual, algo relacionado con los *Expedientes X*, el fenómeno del Niño, el fin de los metarrelatos—, una sola de las causas o todas en su conjunto, sus valores son distintos a los nuestros, se están propiciando cambios muy veloces, cambios que me gustaría reconocer con la misma rapidez con la que ellos, los jóvenes, los asumen.

En *Señales captadas en el corazón de una fiesta*, un cuento memorable, el escritor argentino Rodrigo Fresán describe el caso extremo de representante de estos tiempos: “Ella es una de esas nuevas adolescentes imposibles de encuadrar en algún estilo o credo. Toda ella parece estar sujeta a nada. Flota con la indolencia de una juventud a prueba de balas (...) Nada le interesa porque nada le preocupa y mata el tiempo sabiendo que el tiempo siempre le sobra a una auténtica hija de los bordes y las fronteras. Oí hablar de esta nueva raza, tengo entendido que se hacen llamar *Los irrealistas virtuales* y que sólo esperan una señal, una campanada, para detonar las cargas de profundidad y salir a la superficie del siglo XXI”.

Cintura y cadera emprendieron *Ojos así*, indiferentes a cualquier pretina: comenzaban las explosiones. Aceleré la marcha y en nuestro barteraza de siempre, para ayudarme a aclarar las ideas, la Providencia colocó al grupo de mis mejores amigos.



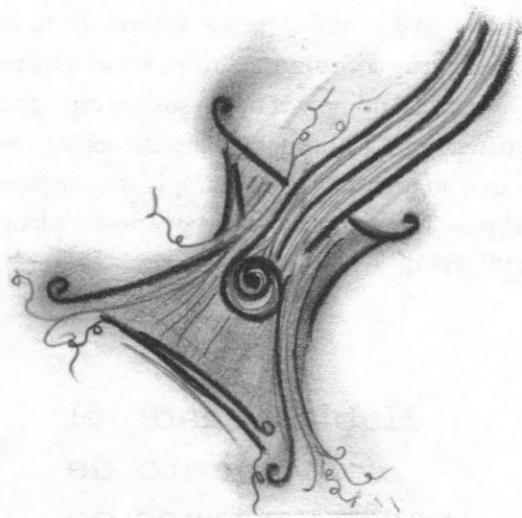
Sea lo que sea –la sociedad de consumo, la polución audiovisual, algo relacionado con los *Expedientes X*, el fenómeno del Niño, el fin de los metarrelatos–, una sola de las causas o todas en su conjunto, sus valores son distintos a los nuestros, se están propiciando cambios muy veloces, cambios que me gustaría reconocer con la misma rapidez con la que ellos, los jóvenes, los asumen.

Ya en posesión de una cerveza, les comenté las dificultades que tenía para vincular literatura, música y ciudad de una manera coherente, ajustada a mis pensamientos y digna de ser escuchada. En ese momento uno de ellos protestó por lo que nos imponían por medio de la rocola. Sus palabras fueron: “Otro vallenato, esto ya parece Bogotá”.

La supuesta correspondencia entre la capital del país y una forma musical de

clara estirpe costeña, despertó en mí cierto escepticismo con respecto a las clasificaciones que determinan qué son y qué no son literatura y música urbanas. Estoy convencido de que el género policiaco, por ejemplo, es casi exclusivo de las ciudades, y creo que el rock rara vez nace entre las platas de vaca y las florecitas silvestres, pero dudo que la forma más sensata de basar estas relaciones sea pensando en el creador y no en el oyente o el lector, parte mayoritaria y por igual activa de ese círculo vicioso –vicioso por lo adictivo– del fenómeno artístico. Expresé tal inquietud a mis contertulios y uno de ellos me aconsejó:

–Lo que tu ponencia debería preguntar, es si el hecho de que haya, por decir algo, treinta y cinco mil rockeros en Bogotá, y que los medios se solidaricen con sus propósitos y los difundan, hace que podamos identificar a Bogotá con el rock o con unas ciertas formas de rock, para ser más claros. Lo cierto es que en miles de buses, taxis y hogares los sonidos predominantes son los del aborrecible Diomedes Díaz,



quien no sólo vence a la justicia, sino también a la creciente fragmentación que convierte a Bogotá en muchas ciudades y en ninguna.

Como verán pronto, mis amigos se animan con cualquier discusión y tienen

argumentos para todo. El más inteligente de ellos decidió extremar aún más las cosas:

–A veces, cuando estoy frente al televisor, veo la propaganda de un refresco natural y dietético que pregona ser tan novedoso como lo fue en su momento el sonido de Liverpool y pienso si hace treinta y cinco años los habitantes del puerto inglés asumían el tal sonido de Liverpool, o si lo hacen hoy. Y hay otros sonidos: entiendo que cuando uno ve una camiseta estampada con el rostro de Kurt Cobain debe ubicarse en otro puerto, en Seattle. Yo les preguntaría a tus compañeros de mesa redonda si cuando Shakira pregona las mutilaciones sensoriales que le causa el amor, hay que pensar en Barranquilla.

La reaparición de Shakira me hizo recordar que estoy más del lado de la literatura que de la música, así que después de pasar un trago largo les rogué que nos centráramos.

Uno de ellos, que alguna vez trabajó en una editorial, atacó de inmediato:

—Lo que yo quisiera es que me explicaran por qué algunos críticos, si vamos a aceptar que lo son, creen que sólo es posible una narrativa urbana en Colombia si sus autores viven en Chapinero, compran su ropa en el Centro Comercial Andino y ventilan sus concepciones artísticas en las librerías y bares del sector, con lo que además de despreciar a la mayor parte del país, también privan de tales posibilidades al 99,9% de los capitalinos.

Había llegado el
momento de
pasar un trago de
cerveza. Ante el
silencio de todos,
yo me pregunté a
mi vez: ¿y el
concepto de
música y
literatura
urbana?

De inmediato me pregunté si estábamos frente a un brote de resentimiento y procuré alejar la discusión de esos linderos. El resultado fue un nuevo embate de mi amigo el inteligente:

—Lo que tú debes enfatizar es el dilema de qué ciudad es la ciudad. Pensemos,

por ejemplo, en Bogotá. Quién logra captarla realmente: ¿Osorio Lizarazo?, ¿Luis Fayad?, ¿R.H.?, ¿Potdevin?, ¿Chaparro Madiedo? Son

más las diferencias que los encuentros entre estos autores. El caso de Cali es más curioso: dos libros casi contemporáneos, *¡Que viva la música!* y *Bomba Camará*, los dos interesados en el mundo juvenil, los dos coincidentes en el interés en la salsa, y tan distintos, como si describieran ciudades diferentes.

—Es que Caicedo y Valverde crecieron en barrios muy distintos —anoté, intentando hallar una verdad, un punto firme en el cual apoyarme.

El rechazo unánime a una visión tan determinista me obligó al más absoluto recogimiento.

—Ahora bien —continuó mi amigo el inteligente—, ¿cuál de esos libros es el que consigue mayor aceptación? ¿Cuál les dice algo a las nuevas generaciones?

Tal triunfalismo por parte de un caicediano recalcitrante provocó de inmediato una réplica:

—Pero, ¿es que se puede aceptar que lo que sus habitantes oyen o leen

constituye la identidad de una ciudad?

—Aquí nadie lee ni siquiera el periódico— anotó rápidamente el ex editor.

Castigamos su impertinencia con un silencio que nos permitió enterarnos de que la rocola estaba reproduciendo los desvelos creativos de Iván, el de las *Bam Band*.

—Yo conozco un caso de concordancia casi mágica entre una ciudad y la música que oye, o que oía, porque esto lo viví hace unos años.

El amigo que habló siempre descubre concordancias mágicas; todos creemos que su cuenta telefónica se alarga con llamadas a Walter Mercado.

—En La Dorada —prosiguió—, era facilísimo aprenderse las canciones de Helenita Vargas. Como es un puerto, un sitio de paso en el que los hombres no se quedan, las doradenses se acostumbraron a establecer relaciones sentimentales fugaces, con fecha de vencimiento tan específica como la de un yogur. Y Helenita Vargas cantaba algo así como: “Yo sólo quiero que me

comprendieras y que al fin sintieras lo que yo por ti, ya no seas así, dime que sí, yo me conformo con besar tus labios y estar en tus brazos en la intimidad, no te pido más, no te pido más". Uno caminaba por La Dorada y oía la canción en diferentes puntos, pero al llegar al hotel o a donde fuera ya se la sabía y la había visto practicar en los bares y en las calles.

—¿Y La Dorada es una ciudad? —preguntó el inteligente.

—Tiene el número de habitantes de muchas ciudades del Viejo Continente —replicó nuestro amigo el mágico.

—Pero ¿es lo mismo una ciudad en Europa que una en Latinoamérica? —preguntó alguien.

Había llegado el momento de pasar un trago de cerveza. Ante el silencio de todos, yo me pregunté a mi vez: ¿y el concepto de música y literatura urbana? ¿Es aplicable lo mismo en el Primer Mundo que en este depauperado Tercer Mundo de migraciones forzadas, vacíos de autoridad, poderes ciegos, caos en el transporte urbano, falta de planeación, límites desbordados? ¿Les interesa a las *Irrealistas virtuales*? Si seguía en aquella compañía, era seguro que sacaría cualquier excusa para no asistir a la ya para mí fatídica mesa redonda.

Entonces ocurrió un milagro; nuestro amigo el inteligente dijo:

—El fenómeno urbano es plural.

No dijo nada más, pero todos, sin saber muy bien por qué y siguiendo rigurosamente el turno, decidimos convertir aquello en un juego:

—Es polivalente —empecé.

—Proteico.

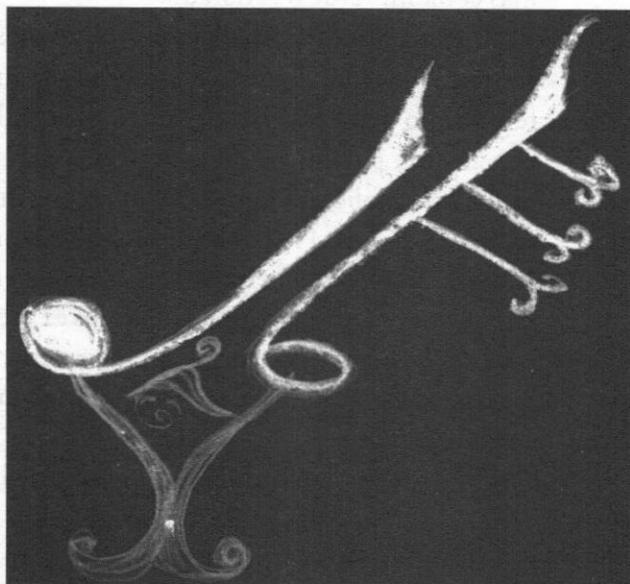
—Panóptico.

—Plurisignificante.

—Pancultural.

—Pasmoso —dijo alguien muy recursivo.

—Pandemónico, persistente, pantagruélico, perpetuo, planimétrico, pantomímico, parabólico, ponderable, perverso, paracrónico, provocante, periclito, paradigmático, paralizante, piro-



técnico, prospectivo, prosopográfico, parcelable, permutante, piramidal, proyectivo, pujante, perimetral, permisivo, portentoso, preocupante, propincuo.

—Pendejos —intenté detenerlos yo, pero siguieron sin mí.

—Prosaico, protuberante, pululante, propagante, preponderante, predial, polarizante, presente, principal, prioritario, problemático, procomún, perspectivo, perverso, productivo, profundo, profuso, perdurable, progresista, proliferante, prolífico, promiscuo, poblacional, polisintético, panorámico.

—Palpitante —volvió el recursivo.

—Postcolonial.

—Postnacional.

—Postmoderno.

—Póstumo — interrumpí yo con un grito.

Lo siguiente fue una explosión de euforia y las felicitaciones mutuas por el amplísimo vocabulario de los cuatro. Por alguna razón que no me explico, mis contertulios consideraron

que el tema estaba agotado y pasaron al trascendental asunto de si a Natalia París le luce más el bikini verde o el dorado.

Abrumado por la charla con mis amigos, consciente de que las artes en la ciudad son un fenómeno palimpséstico, pluripotencial, prevalente y putamente difícil, regresé a casa y exploré mi biblioteca buscando la cita que me sacara del apuro. Hallé una de Julio Ramón Ribeyro, pero era demasiado larga; sé que en estos casos se consultan los textos de los ex presidentes López y Betancur, pero no los tengo. A García Márquez no parecen interesarle mucho las ciudades.

Por fortuna recordé un fragmento de Truman Capote que ya usé en otra ocasión y que me permite afrontar el final de esta intervención con cierta dignidad. Se refiere a la Nueva York de la posguerra y proviene de *Color*



local; ustedes juzgarán si es permutable, pertinente y provechoso, o apenas puntual, peregrino y parcial. Dice así:

“Es un mito; la ciudad, los cuartos y las ventanas, las calles que escupen vapor; un mito diferente para todos y para cada uno, una cabeza de ídolo con ojos de semáforo, que va haciendo guiños de un verde tierno o de un rojo cínicco. A esta isla —flota en el agua dulce como un témpano diamantino— llámala Nueva York, o dale el nombre que quieras; éste apenas si importa, porque quien entra en ella desde la realidad mayor que es cualquier otra parte va sólo en pos de una ciudad, un lugar donde esconderse, donde perderse o encontrarse a sí mismo, donde construir un sueño en el que pruebas que tal vez, después de todo, no eres un patito feo, sino un ser maravilloso y digno de amor, como lo pensaste cuando te sentabas en el porche frente al cual pasaban los Fords; como lo pensaste cuando planeabas tu búsqueda de una ciudad”.

Capote habla de deseos y esperanzas, de frustraciones y derrotas, de afectos y soledades. Generaciones y siglos aparte, la ciudad es hoy, y quizá para siempre, el ámbito de lo humano, y la condición humana es el tema eterno, insoslayable.

hojas Universitarias.....